

notas bibliográficas

QUARRELS THAT HAVE SHAPED THE CONSTITUTION. — Edited by John A. Garraty. Harper and Row, Publishers. — New York, 1964.

Toda constitución necesita del choque con la realidad para expresar todas sus potencialidades. A través de los distintos casos que se le presentan una Suprema Corte como la norteamericana y la nuestra pueden dar la interpretación conveniente para una adaptación de la constitución nacional a las nuevas condiciones del país. La Constitución norteamericana se ha mantenido gracias al sistema de modificaciones que los constituyentes de 1789 aprobaron al establecer el artículo 5º, y a la intervención de la Suprema Corte. Esta intervención fue considerada por los Padres Fundadores como encargada de interpretar la Constitución en pequeños detalles y sobre todo, de defender a la Constitución contra los abusos de un Congreso que en la mente de aquellos siempre constituiría una fuente de excesos de poder. La Suprema Corte, en cambio, más doctrinaria y conservadora sería la encargada de mantener firmes los principios básicos. Sin embargo, no todo resultó según los deseos de los constituyentes. Es cierto que la Suprema Corte norteamericana ha defendido repetidas veces a la Constitución contra los actos ilegales del Congreso o las legislaturas estatales, pero también es cierto, que dada la amplitud de muchos de los artículos de la Constitución, la Suprema Corte ha introducido modificaciones muy importantes en el significado de los mismos provocando así cambios más fundamentales que los introducidos por las famosas adiciones votadas por el Congreso. Hoy en día tratar de comprender el significado de la Constitución estadounidense sin estudiar los principales casos de la Corte sería como pretender entender el cristianismo sin referirse nunca a los Evangelios.

Con este motivo John A. Garraty, profesor de Historia de la Columbia University ha recogido un conjunto de estudios históricos sobre los casos más importantes en los que la Constitución norteamericana ha sido discutida, confirmada o ampliada. Eligió dieciséis casos que cubren desde 1801 hasta 1954 y que tratan asuntos tan variados como el poder de la Corte de decretar la nulidad

de actos del Congreso y la segregación en las escuelas. Cada uno de los casos ha sido colocado en su panorama histórico, por los distintos autores, y así conocemos no solamente el problema desde el punto de vista jurídico sino también en cuanto a su significado dentro del desarrollo total de la nación estadounidense. Estudiado cada caso por un especialista el resultado es un libro indispensable para comprender la naturaleza de la Constitución norteamericana y el genio jurídico que desde John Marshall hasta Earl Warren ha orientado el procedimiento judicial de la Suprema Corte.

La labor de Garraty, que comenta el primer caso, resulta sumamente atractiva y su lectura se hace con facilidad y gusto.

Harper and Row presenta el libro con su acostumbrada seriedad y elegancia.

F. Storni, S. J.

ANDRES MILLE. — *Itinerario de la Orden Dominicana en la conquista del Perú, Chile y el Tucumán, y su convento del antiguo Buenos Aires (1216-1807).* — Buenos Aires. — Emecé Editores, 1964. — 496 págs.

Sin prisas y sin pausas, y hasta parecería que ignorando la mano siniestra la acción de la diestra, el ingeniero Andrés Millé lleva ya publicados seis volúmenes sobre otras tantas iglesias, conventos o monasterios de Buenos Aires, y sabemos que tiene en preparación otros tres volúmenes.

Son simples monografías sobre los templos y casas bonaerenses, pertenecientes a comunidades religiosas, pero en cada caso toma el agua de muy arriba, y lleva al lector al través de los corredores de los siglos (en el presente volumen desde 1216), hasta la llegada de tales o cuales religiosos a tierras americanas y argentinas, y la actuación de los mismos en territorio actualmente argentino, y en especial en Buenos Aires.

Los quince capítulos de que consta este volumen ocupan las primeras 328 páginas, conteniendo las restantes (329-453) la documentación édita o inédita, recogida pacientemente por el autor y a base de la cual reconstruye la parte his-

tórica de su relato, densa en noticias de toda laya y hábilmente hilvanadas.

No hallará el lector en este sustancioso volumen párrafos de alto vuelo ni párrafos de deleitosa cadencia prosódica, y menos aún elevaciones ideológicas y decirs de gran hondura; en lenguaje sencillo, sin elevarse un palmo de la tierra, a la manera de Anteo, hay que reconocer que así en contacto con ella adquiere él una fuerza sin precedentes.

Si años atrás al publicar nuestro volumen sobre Arquitectos de la Epoca Hispánica pudimos referirnos al templo porteño de Santo Domingo con una documentación nueva e inédita, y después de nosotros el Padre Rubén González superó nuestra información, así ésta, como la aportada por nosotros, ha sido ampliamente completada por la que en esta obra trae el ingeniero Millé, y sólo lamentamos el que no nos haya dado una valorización estética de ese monumento nacional, ya que parece que podría ser él la persona más adecuada para ello y lamentamos también que no haya ilustrado este capítulo referente a la iglesia dominica con algunas de las muchas ilustraciones que, no por ser conocidas, dejarían de avalorar en grado nada vulgar el erudito texto del autor.

Brava es la nota que, a última hora, ha colocado el señor Millé al final de su libro, pero es posible que toda la razón esté de su parte, ya que las reformas últimamente introducidas en ese templo, que fue declarado monumento nacional en 1942, y como tal no debía ser desnaturalizado bajo aspecto alguno. "Hora es ya, escribe Millé a este propósito, de que el Buenos Aires, amante de su pasado se rebelde contra esa costumbre de permanentes cambios e innovaciones de nuestros monumentos que deben ser respetados, si es que no aceptamos que las generaciones que están por venir nos puedan hacer algún día la misma reflexión que se hizo a Boabdil: "llora ahora como mujer lo que no has sabido defender como hombre".

G. Furlong, S. J.

MARCOS ESTRADA. — Medio año de convulsiones en el Virreinato del Río de la Plata. (De la misión Sassenay al 1º de enero de 1809). — Buenos Aires, 1964, 80 págs.

A través de una importante documentación, el autor estudia la interesante misión del marqués de Sassenay al Río de la Plata, para referirse luego a las consecuencias de esta misión, y a la actitud

asumida por el virrey don Santiago de Liniers durante la misma y luego de ella. Nos introduce además en algunos oscuros aspectos del fracasado movimiento del 1º de enero de 1809, y explica al final algunos antecedentes de la rivalidad existente entre Liniers y Martín de Alzaga y la actuación del virrey durante las Invasiones Inglesas.

El marqués de Sassenay, enviado a estas provincias por Napoleón, llegó al Río de la Plata en agosto de 1808, luego de una difícil navegación. La finalidad de su misión, estaba en obtener de estas regiones, su apoyo a la política napoleónica. Pero sus gestiones fracasaron totalmente. La actitud decidida y noble del virrey Liniers, no dejaba lugar a dudas sobre su posición leal al rey de España, cautivo por entonces de Napoleón.

Marcos Estrada, precisamente, deja perfectamente comprobada la actitud insobornable del virrey, y la oposición imprudente de quienes trataban de llevar a cabo una campaña de desprestigio hacia su persona, como lo hacía Francisco de Elío desde Montevideo.

Evidentemente la actitud de Liniers fue en todo momento de total adhesión a la causa del rey, y por ella moriría deplorablemente fusilado luego del movimiento de mayo de 1810.

Al referirse Estrada al movimiento alzaguista del 1º de enero de 1809, pretende, fundamentalmente, ubicar la posición de Liniers y la de Alzaga, a quien considera más que "españolista" o "independentista", "alzaguista".

Hemos comentado recientemente un libro de Enrique Williams Alzaga, *Dos revoluciones: 1º de enero de 1809 - 25 de mayo de 1810* (en la revista *Historia*, N° 34, 1964), en donde hemos analizado la posición respetable del autor de este libro, quien ve en Martín de Alzaga a un ardiente precursor de la independencia, es decir, de la separación del Río de la Plata de España. No compartimos y criticamos esta opinión; es necesario insistir en que Alzaga nunca pensó en tal separación de España. Lo que pretendió con el movimiento del 1º de enero de 1809, y con su actuación posterior, fue crear una junta como las de España, y lo que podemos suponer deseaba, era lograr una independencia de la España napoleónica, esto es de la España por entonces en poder de Napoleón y supuestamente perdida en manos francesas; pero no creemos que haya pretendido separarse de la España monárquica de los reyes borbones. Su fidelidad a esta última causa, fue permanente.

Estrada rechaza estas posiciones, y con-

sidera a Alzaga personal en toda su actuación. Por sobre todo "alzaguista", nos dice. No creemos que haya sido exactamente esta la posición de Alzaga. Creía en la bondad de sus principios, los cuales pretendió llevar a cabo. Además, una antigua enemistad lo separaba de Liniers. Enemistad que lo llevó —entre otros fines— al fracasado movimiento del 19 de enero.

Marcos Estrada también analiza este distanciamiento entre ambos personajes, preferentemente con relación a los sucesos de las Invasiones Inglesas. Pone el autor —necesario es reconocerlo— en claro la actuación de Liniers y la de Alzaga en aquellos sucesos. Es fundamental no desconocer la actividad de Liniers durante las Invasiones Inglesas, y particularmente en la segunda de ellas. El autor rechaza la opinión de quienes pretenden ensalzar la figura de Alzaga durante la defensa de Buenos Aires, en desmedro de la de Liniers. Analiza con ello, la marcha del virrey, también en la segunda invasión, sobre el Miserere, a fin de expulsar al inglés, actuación de Liniers no bien interpretada por quienes se han referido al tema, causa por la cual el autor se refiere con mayor determinación al tema.

Como se podrá apreciar, el libro de Estrada —a pesar de su título— se refiere a otros aspectos de la intensa actividad política de Liniers.

Es, sin duda, un trabajo interesante el que comentamos. Se ha pretendido, muy en especial, dignificar la memoria de Liniers, repasando, con la ayuda de una interesante documentación, algunos importantes aspectos de su actuación. Trabajo quizá un tanto polémico; pese a ello, encierra valor. No en vano su autor es un joven historiador activo y eficaz. De esta clase de estudios, surgen generalmente, interesantes aclaraciones.

Este libro es pródigo en ellas.

Héctor José Tanzi

JEAN DANIELOU. — "Evangile et monde moderne". — Petit traité de morale à l'usage des laïcs. — Desclée (Tournai, Belgium, 1964). — 150 págs.

"Vosotros, por lo demás, sabéis cuáles sean las necesidades morales de nuestro tiempo, y no cesaréis de llamar a los fieles a la comprensión de la dignidad, de la pureza, de la austeridad de la vida cristiana, como tampoco no dejaréis de denunciar, del mejor modo posible, aún públicamente, los peligros morales y los vicios que padece nuestro tiempo". El li-

bro del P. Daniélou es una obediencia anticipada a este deseo de Pablo VI en "Ecclesiam suam". En él presenta un esquema de moral evangélica, especialmente dedicado a los laicos de hoy, en el cual retoma los principales temas de dos de sus obras anteriores: "Sainteté et action temporelle" y "Le chrétien et le monde moderne". Presenta, por lo tanto, una respuesta equilibradamente avanzada, al problema que vive intensamente la Iglesia actual frente al desmoronamiento de los valores, producido por la actitud —hoy corriente—, que los enjuicia.

La actitud crítica ha tenido en el plano filosófico-teológico el mismo efecto desintegrador que la fisión nuclear en el campo científico. Con todo, esta crisis de valores convive en paradójica simbiosis, con una inquietud tensa de búsqueda y creación. El cristiano se ve ante la necesidad de realizar una síntesis poco menos que imposible: la de integrar existencialmente, en su vida concreta de cada día, los valores eternos del cristianismo, con la fidelidad a su vocación en la ciudad de los hombres; hacer que la unidad del universo que se construye (Gesellschaft) se transforme por medio de una inyección de sentido divino en comunión humana (Gemeinschaft). "La mayor intuición de Teilhard de Chardin es sin duda el haber percibido el prodigioso sentido de esta aventura de la humanidad contemporánea" (p. 12).

Muchos moralistas de nuestros días han confundido, siguiendo las huellas marcadas por Freud y Durkheim, un anormal complejo de culpabilidad, fruto de desequilibrios enfermizos, con el pecado, realidad teológica, fruto de la adoración y humildad cristianas. Así Hesnard (L'Univers morbide de la faute-1949, Morale sans péché-1954), Jankélévitch (La mauvaise conscience-1951), etc.

Tanto el existencialismo —incluyendo a Berdiaeff— que pone la libertad subjetiva como medida del orden como el comunismo, que niega la libertad personal para someterla al orden del estado totalitario, acusan de tiranía a la Iglesia porque han inspirado su imagen en las concepciones de la inquisición, a la manera de Dostoiewsky. Ven la Iglesia como un férreo calabozo donde los presos no pueden moverse, ni pensar siquiera, a menos que sea con autorización. No ven que la Iglesia no es algo que está por fuera, encima de los cristianos, sino que es lo que los une por dentro. "Es menester que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo. Porque es Cristo quien vive en su Iglesia, quien enseña por ella, quien por ella gobierna y comunica la

santidad", dice Paulo VI en su encíclica, citando a Pío XII.

La falta de autenticidad es un peligro que acecha a nuestra vida de relación con Dios. Pero tenemos que evitar también dejarnos engañar por el mito —bastante común entre nosotros— de creer que los comunistas son todos fervorosos mientras que los católicos prácticos no pasan de hipócritas. No basta amar al prójimo; siendo fieles a la verdad hay que mirar primero a Dios; es el primer mandamiento. El cristianismo no es una moral sino una religión, que exige sinceridad en el culto —interno y externo— a Dios y en la dedicación al apostolado por la salvación de todos.

Pobreza (Cap. VI).

Los obispos reunidos en concilio le dedicaron varias sesiones. "Ecclesiam suam" la considera como una de las "necesidades y deberes principales, y que pueden ofrecer tema de reflexión para las orientaciones generales de una buena renovación de la vida eclesial". Nos parece el capítulo más original del libro del P. Daniélou. Pobreza no es el romántico pauperismo de los que explotan su miseria o la ajena. Ni tampoco se parece al obrerismo, ya que no se identifica con ninguna clase social, ni con los que se proclaman sus redentores. Es la actitud que Jesús pide en la bienaventuranza. No en la primera: en todas las bienaventuranzas. Siempre se refiere al mismo desprendimiento: siempre promete el mismo premio, con diferentes palabras. El pobre, tanto en la antigua como en la nueva Alianza, es el humilde, el oprimido, el justo, el santo. Por eso el pecado contra la pobreza, más que en la posesión de bienes materiales, está en la preocupación, en la desconfianza de la paternidad del Señor.

Fe, esperanza y caridad (Cap. VII-VIII-IX).

Otras épocas han objetado una u otra verdad particular: la existencia de Dios, la divinidad de Jesús. Hoy es la misma actitud del creyente la que se critica. Por eso el ateísmo ha alcanzado cierto prestigio. Y sin embargo es un error considerar al creyente como el hombre que tiene resueltos con su fe todos los problemas. Al contrario. El conocimiento de Dios no se alcanza con una certeza como la que nos acostumbra las ciencias exactas; deja un vacío que permite la libre adhesión a la gracia: es una aventura no exenta de audacia. La fe es aceptar los compro-

misos de un convencimiento maduro de que Dios exige amor a El y a los hombres de esta tierra.

Esperanza no de un paraíso terrenal en aras del cual se sacrifican generaciones enteras, sino de un cielo eterno que tenemos que ir haciendo desde aquí, ahora. "El ideal cristiano —dice Héring— no es la princesa exilada que espera regresar, sino Abraham, que se pone en marcha hacia el país desconocido que Dios le mostrará", repite varias veces en sus páginas el P. Daniélou.

Dios no pide altruismo. Desplazar el centro del cristianismo hacia la comunidad es dejar en la sombra lo esencial, que es su relación con Dios. No hay caridad —ni comunidad, por lo tanto— sin vida de oración personal. Primero está el compromiso espiritual, de eficacia más oculta; luego, y brotando de él, el apostolado, la obra social.

La santidad (Cap. X-XI).

Esta es la solución. Y al mismo tiempo el problema. El resorte esencial de la actividad temporal del cristiano es una obediencia llena de amor a la voluntad de Dios. Una obediencia a Dios que se aprende en la oración y en la sumisión a la jerarquía; obediencia no a un orden establecido sino a un orden por establecer. Por eso la única revolución es la que consiste en reformar lo que se opone a la ley divina. Y esto es un deber ineludible.

Y si "la tentación del hombre moderno —dice una y otra vez el P. Daniélou— es la de querer mostrar que no necesita a Dios para hacer el bien", la vocación del cristiano de hoy es mantener ese bien y buscar algo mejor, restableciendo la amistad de Dios en el cumplimiento de su voluntad, que es darlo a conocer a todos los hombres: "El deber congénito al patrimonio recibido de Cristo, es la difusión, es el ofrecimiento, es el anuncio, bien lo sabemos: "Id pues y enseñad a todas las gentes" (Mt. XXVIII, 19), es el supremo mandato de Cristo a sus Apóstoles", dice Pablo VI en "Ecclesiam suam". En seguida explica por qué este envío es el supremo mandato: "Estos con el nombre mismo de Apóstoles definen su propia e indeclinable misión. Nosotros daremos a este impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad el hombre de hoy ya común, de diálogo".

Jorge González Manet, S. J.